

¡Gloria a Dios en las alturas!

Por amor a Sión no me callaré, por amor a Jerusalén no descansaré hasta que irrumpa su justicia como una luz radiante y su salvación, como una antorcha encendida. Las naciones contemplarán tu justicia y todos los reyes verán tu gloria; y tú serás llamada con un nombre nuevo, puesto por la boca del Señor. Serás una espléndida corona en la mano del Señor, una diadema real en las palmas de tu Dios.

No te dirán más “¡Abandonada!”, ni dirán más a tu tierra “¡Devastada!, sino que te llamarán “¡Mi deleite!, y a tu tierra “Desposada”. Porque el Señor pone en ti su deleite y tu tierra tendrá un esposo

Como un joven se casa con una virgen, así te desposará el que te reconstruye; y como la esposa es la alegría de su esposo, así serás tú la alegría de tu Dios.

Sobre tus murallas, Jerusalén, yo he apostado centinelas: que nunca se queden callados, ni de día ni de noche. Ustedes, los que hacen que el Señor se acuerde, no se tomen descanso, ni lo dejen descansar a él hasta que restablezca a Jerusalén y la convierta en motivo de alabanza sobre la tierra.

El Señor lo juró por su mano derecha y por su brazo poderoso: “Nunca más daré tu trigo como alimento a tus enemigos, ni los extranjeros beberán el vino nuevo por el que tú has trabajado. Los que lo cosechen lo comerán, y alabarán al Señor; los que lo vendimien lo beberán en mis atrios sagrados”.

¡Pasen, pasen por las puertas, preparen el camino del pueblo, terraplenen el sendero, limpienlo de piedras, levanten un estandarte ante los pueblos! Esto es lo que el Señor hace oír hasta el extremo de la tierra: “Digan a la hija de Sión: Ahí llega tu Salvador; el premio de tu victoria lo acompaña y su recompensa lo precede. A ellos se los llamará “Pueblo santo”, “Redimidos por el Señor”; y a ti te llamarán “Buscada”, “Ciudad no abandonada” (Is. 62, 6-12).

*¡El Señor reina! Alégrese la tierra,
regocíjense las islas incontables.*

*Nubes y Tinieblas lo rodean,
la Justicia y el Derecho son
la base de su trono.*

*Un fuego avanza ante él
y abrasa a los enemigos a su paso ;
sus relámpagos iluminan el mundo :
al verlo, la tierra se estremece.*

*Las montañas se derriten como cera
delante del Señor, que es el dueño de toda la tierra.*

*Los cielos proclaman su justicia
y todos los pueblos contemplan su gloria.*

*Se avergüenzan los que sirven a los ídolos,
los que se glorían en dioses falsos ;
todos los dioses se postran ante él.*

*Sión escucha y se llena de alegría,
se regocijan las ciudades de Judá,
a causa de tus juicios, Señor.*

*Porque tú, Señor, eres el Altísimo:
estás por encima de toda la tierra,
mucho más alto que todos los dioses.
Tú amas, Señor, a los que odian el mal,
proteges la vida de tus fieles
y los libras del poder de los malvados.
Nace la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.
Alégrense, justos, en el Señor
y alaben su santo Nombre (Sal. 97).*

Cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor a los seres humanos, no por las obras de justicia que habíamos realizado, sino solamente por su misericordia, él nos salvó, haciéndonos renacer por el bautismo y renovándonos por el Espíritu Santo. Y derramó abundantemente ese Espíritu sobre nosotros por medio de Jesucristo, nuestro Salvador, a fin de que justificados por su gracia, seamos en esperanza herederos de la Vida eterna (Tit. 3, 4-7).

[En aquella época apareció un decreto del emperador Augusto, ordenando que se realizara un censo en todo el mundo. Este primer censo tuvo lugar cuando Quirino gobernaba la Siria. Y cada uno iba a inscribirse a su ciudad de origen. José que pertenecía a la familia de David, salió de Nazaret, ciudad de Galilea, y se dirigió a Belén de Judea, la ciudad de David, para inscribirse con María, su esposa, que estaba embarazada. Mientras se encontraban en Belén, le llegó el tiempo de ser madre; y María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue].

En esa región acampaban unos pastores, que vigilaban por turno sus rebaños durante la noche. De pronto, se les apareció el Ángel del Señor y la gloria del Señor los envolvió con su luz. Ellos sintieron un gran temor, pero el ángel les dijo: “No teman, porque les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor, Y esto les servirá de señal: encontrarán a un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. Y junto con el Ángel, apareció de pronto una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo:

“¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra, paz a los seres humanos amados por él!”

Después que los ángeles volvieron al cielo, los pastores se decían unos a otros. “Vayamos a Belén, y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha anunciado”. Fueron rápidamente y encontraron a María, a José, y al recién nacido acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que habían oído decir sobre este niño, y todos los que los escuchaban quedaron admirados de lo que decían los pastores.

Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón. Y los pastores volvieron, alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído conforme al anuncio que habían recibido (Lc. 2, [1-7] 8-20).

Nuevo amanecer

Comienza en nosotros un nuevo amanecer, una aurora nueva. La luz ha irrumpido a través de la oscuridad del mal, ha entrado en el mundo, en nosotros, en ti y en mí. Hoy es el inicio del tiempo sin fin, hoy es el día abierto a la esperanza, el tiempo de la luz y la realización de la vida. Pero también se nos recuerda hoy que este niño –venida de Dios a nosotros– tiene lugar

en medio de la pobreza, acontece en un pesebre porque no había lugar para ellos en el hospedaje. Al recién nacido lo visitan extranjeros, pastores y ángeles. Una mezcla de gloria y miseria es la que recibe al hombre y profeta, al Cristo Mesías, al hijo de Dios e hijo del hombre, al que será rechazado y crucificado, el que resucitará recreando el mundo y renovando la historia. El niño que nace es el Salvador, trascendencia y cotidianeidad, es Dios que se nos acerca. Como dice San Pablo en su carta Tito: *Se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor a los hombres...por medio de Jesucristo, nuestro Salvador (Tit. 3, 4-6).*

La alegría el corazón

La única respuesta que se espera de nosotros es la alegría, pues ésta es ocasión de *una gran alegría* para todos. El Salmo para hoy canta: *Nace la luz para el justo, y la alegría para los rectos de corazón. Alégrese, justos, en el Señor y alaben su santo Nombre (Sal. 97, 11-12).*

El nacimiento es para todos y para todas, para nosotros y los otros, más allá de todas las fronteras, las del cielo y las de la tierra. La Navidad es ocasión para la poesía, los villancicos, los cantos, el silencio, las palabras sentidas antiguas y de hoy, es ocasión para el asombro.

Lucas reanuda el relato y nos hace descender del cielo a la tierra. Cuando los ángeles se van, los pastores se dicen unos a otros: *Vayamos a Belén, y veamos... (Lc. 2, 15).* Fueron corriendo, lo que nos recuerda a los antiguos hebreos que de prisa salieron de Egipto en marcha hacia la libertad y la tierra prometida. La buena noticia provoca la prisa, ir de prisa para encontrar *a María, a José y al recién nacido acostado en el pesebre (Lc. 2, 16).*

Cuentan conmovidos todo lo que les pasó en las colinas y, luego, regresaron *alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído, conforme al anuncio que habían recibido (Lc. 2, 19).* Los pastores dan gloria a Dios con sus palabras, ven lo que pasa desde la perspectiva divina. Y María *conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón (Lc. 2, 19).*

Nuestra respuesta de vida

Ahora nosotros y nosotras, todos y todas hemos de comenzar a contar el relato con nuestras vidas, mediante nuestras propias palabras y canciones, a través de nuestras relaciones con las otras personas, en nuestro cuidado de los frágiles de hoy, en la atención a los que están en la periferia de la esperanza y la satisfacción de sus necesidades espirituales y materiales: los emigrantes, los niños, los sin techo, los excluidos de nuestro tiempo.

María es, quizás, quien hoy nos muestra con su conducta de vida lo que nosotros y nosotras hemos de hacer en este día: meditar, atesorar, dar gloria a Dios por el coro angélico, por la respuesta de los pastores. Ella, la que primero escuchó la Palabra anunciando el nacimiento del Señor, lo asumió permitiéndole crecer, amaneciendo en ella –como en nosotros– lentamente y brillando cada vez más la luz del nuevo día, de la nueva creación.

Nuestra travesía del año, que comienza en la fe en compañía de este niño, ha de estar empapado de la frescura de las Escrituras, de las antiguas palabras de los profetas, de las familiares de los evangelios, madurando en la reflexión personal y comunitaria. Es un acontecimiento para ser compartido para que otros también puedan alegrarse y admirarse, también nacer a la esperanza y al amor. Como los pastores en voz alta y María en el silencio, demos gloria y alabanza a Dios por lo que hemos visto y oído conforme al anuncio que hemos recibido (comp. Lc. 2, 20).

Hemos recorrido el camino del Adviento para poder mirar hoy asombrados a al niño dormido en brazos de María. Ver como María y José escuchan su respiración, observan sus pequeños movimientos, una ternura atenta en la que olvidamos todo lo demás y atendemos a Dios en la carne y en toda carne, en cualquier lugar, ahora en este tiempo nuestro.

En este amanecer navideño todo cambia, todas las normas y principios cambian, todo lo que creíamos saber, incluso cambia lo que creíamos saber acerca de Dios. Hoy se nos ofrece una visión nueva de Dios, Dios se parece al hijo de todas las madres, a todas las mujeres y a todos

los hombres que han nacido. El misterio se encuentra en que siendo Dios tan familiar, tan conocido, es difícil decir quién es él. Esto es la famosa doctrina de la encarnación, ésta es la justicia y la paz de Dios. Esta es la presencia de Dios entre nosotros. No es de extrañar que María conservase y meditase todo esto en su corazón (comp. Lc. 2, 19). Esto es adoración, contemplación, auténtica devoción y fe. Hoy lo que en verdad podemos hacer es clamar: Ha nacido el Salvador, que es el Mesías, el Cristo, el Señor (comp. Lc. 2, 11), ¡Alabado sea, Aleluya!